

bían los sacerdotes y todos los que estaban en el templo? ¿Por qué concibió celos San José, si toda la familia sabía que había de ser Madre y Virgen? ¿Podía ignorar el marido lo que sabían todos? Sabiendo los sacerdotes que aquella niña excepcional y privilegiada se había criado en el santuario, donde no entraba ni el Sumo Sacerdote, sino una sola vez al año, ¿no había llegado esto á noticia de San José, siendo tan difícil de guardar tan gran secreto y entre tantos que debieron saberlo durante cerca de trece años?

Teniendo está en cuenta, debemos suponer que los Padres de la Santísima Virgen tendrían algún presentimiento misterioso, alguna *luz interior* que Dios les daría acerca de los altísimos destinos de su hija, que, si la comunicaron entre sí para su mútua edificación, la callaron á los demás (1). Puede también suponerse que la Presentación de la Santísima Virgen en el templo fué acompañada de celestial é invisible comitiva, pero no de señales exteriores ni visibles fuera de lo ordinario y usual; que la Santísima Virgen vivió en el templo como las demás *almas* ó doncellas; que Dios la favoreció allí con superiores y grandísimas luces y gracias que han quedado ignoradas, pero sin ninguna distinción externa ni privilegiada, fuera de esas distinciones que la gran sabiduría y las virtudes eminentes atraen casi á la fuerza sobre los que las poseen, sin pretenderlo ellos, pero permitiéndolo Dios para sus altísimos fines.

No todos verán la cuestión de esta manera: el país y la época influyen mucho en las opiniones, aún entre los santos. Los orientales son fastuosos y muy aficionados á exenciones y á cosas portentosas y extraordinarias: los latinos propenden más á la sencillez, á la claridad y á la humildad; les gusta más lo sólido que lo brillante. No es de extrañar, por tanto, que los orientales procuren pintar á la Virgen llena de privilegios externos y de singularidades visibles.

Por lo que hace á la época, el siglo XVII fué propenso también á los privilegios y exenciones, y aún las mismas personas religiosas litigaban por ellos, sin que por eso se deba acriminar su conducta, pues á veces tenían deber de hacerlo, y si la Iglesia los había concedido, justos serían y justo el respetárselos. Pero como los imperfectos abusaban de ellos, la tendencia de nuestra época es á suprimirlos (2) también por muy justas causas.

Finalmente, el que alguno ó algunos Santos Padres digan alguna cosa, y más cuando la escriben oratoria y encomiásticamente, no induce obligación de creerlos, mucho más cuando no todos convienen en ello. Ni tampoco es igual la autoridad de todos los Santos Padres; ni la Iglesia, maestra infalible, acepta todos sus dichos y opiniones. Se puede respetar una opinión y no seguirla, y las de los Santos Padres siempre merecen respeto.

Por lo que hace á la fiesta de la Presentación, es antiquísima en la Iglesia, y sobre todo en la oriental, como se ve por los sermones de ella que citados quedan (3).

(1) Los Santos han sido siempre muy reservados en lo relativo á los favores que de Dios reciben. *Secretum meum mihi*, decía San Bernardo.

(2) La Santa Sede acaba de suprimirlos casi todos en España y en otros países; y así debemos respetar las justas causas por que se dieron, como las no menos justas por que las suprime.

(3) Habla de ella el emperador Manuel Comeno ó Comnieno en una carta aducida por Balsamon.

## XIV.

## EDUCACION DE LA SANTISIMA VIRGEN DURANTE SU ESTANCIA EN EL TEMPLO.

La educación que la Santísima Virgen recibió en el templo fué la misma que recibían las demás doncellas que allí vivían acogidas: la oración, la educación moral, la instrucción intelectual y el trabajo manual ocupaban el tiempo y formaban el sistema de vida que allí se profesaba. Si descolló en estas cosas, no fué ni por lo ilustre de su nacimiento, pues aunque de sangre real su familia había decaído mucho, ni por privilegios excepcionales y distinciones, inconvenientes en las casas de educación y repugnantes á su genio y á sus virtudes basadas sólidamente sobre una gran humildad, cimiento duradero de toda verdadera virtud. Fué, por tanto, su distinción consecuencia inevitable, pero no buscada, de su precoz talento y eminentes cualidades.

De su altísima oración y contemplación durante los años de su adolescencia que pasó en el templo hablan todos los autores y algunos avanzan á copiarlas; pero son tan pálidas sus frases, tan vulgares sus conceptos con respecto á los altísimos conceptos y elocuentes frases del *Magníficat*, que no se puede menos de creer, al comparar este con aquellas oraciones vocales, que la Santísima Virgen las haría mejores. Y ¿hemos de colocar la oración de la Virgen en el terreno bajo de la oración vocal y no en el elevado y sublime de la más alta contemplación? Que la oración de la santa niña era ya de contemplación altísima, lo dice San Ambrosio, y lo creían todas las personas piadosas aunque no lo dijese un Santo Padre tan eminente, sabio, discreto y profundo crítico, como el Santo Arzobispo de Milan, cuya autoridad es muy superior á la de otros Padres orientales que nos dejaron piadosas pero poco creíbles leyendas acerca de la vida de la Virgen. «Nadie, dice este gran Santo Padre, estuvo jamás dotado de un *don más sublime de contemplación*: su espíritu acorde siempre con su corazón, no perdía jamás de vista á Aquel á quien amaba con más ardor que todos los Serafines juntos, pues toda su vida no fué otra cosa que un ejercicio continuo del amor más puro de Dios (1).»

La vida exterior de la Virgen la describe Orsini de un modo poético y erudito aunque algo recargado, según su costumbre, en estos términos: «Después de las abluciones de costumbre, la Virgen, sus compañeras y unas piadosas matronas, que eran responsables á Dios y á los sacerdotes de tan precioso depósito, se encaminaban hácia la tribuna en que las *almas* se sentaban en el puesto de honor (2). El sol empezaba á dorar con sus nacientes rayos los montes lejanos de la Arabia, el

(1) San Ambrosio, de Virg. lib. 2.

(2) Orígenes, San Basilio, San Gregorio y San Cirilo nos han conservado la tradición de que las doncellas ocupaban un lugar separado y distinguido en el peristilo de las mujeres. (Nota de Orsini).

águila se cernía entre las nubes, el sacrificio humeaba sobre el altar al sonido de las trompetas sacerdotales, y María con la cabeza inclinada y cubierta con su velo, repetía con fervor las diez y ocho plegarias de Esdras (1), pidiendo á Dios con todo Israel al Cristo, tantas veces prometido á la tierra, y cuya venida se dilataba tanto.

«Oh, Dios! glorificado y santificado sea vuestro nombre en este mundo que criasteis según vuestra voluntad santísima: haced, Señor, que reine vuestro reino, que la redención vaya cundiendo y que venga pronto el Mesías prometido (2).

«La lectura de la *Schemá* y la bendición dada por el sacerdote, que presidía estos oficios y oración pública, terminaba esta ceremonia del culto externo, que se repetía por la tarde al anochecer.

«Cumplido este deber público y solemne para con Dios, María y sus jóvenes compañeras volvían á sus habituales ocupaciones: unas volteaban con sus ágiles dedos un huso de cedro, otras recamaban de púrpura, jacinto y oro los velos del templo, trazando sobre ellos ramilletes de vistosas flores, mientras que otras, inclinadas sobre un telar ó bastidor sidonio, ejecutaban esas delicadas labores de tapicería que aplaudía la Sagrada Escritura al describir los quehaceres domésticos de la mujer fuerte, y que celebraba Homero al describir también las ocupaciones de las princesas en las edades remotas (3).

La Virgen aventajaba á todas las de más doncellas en esas hermosas obras de manos tan apreciadas de los antiguos. San Epifanio dice que se distinguía por su gran habilidad para bordar en lana, lino y oro; y para tejer el hermoso hilo de Damasco. *Hilo de la Virgen* llaman todavía los cristianos orientales á las finas randas y encajes, semejantes á los tenues y blancos vapores que apenas se perciben en el fondo de los valles durante las frescas mañanitas del otoño. En recuerdo de ello las castas esposas de los primeros cristianos al contraer matrimonio, acostumbraron por mucho tiempo depositar sobre el altar de María una rueca con sus copos de blanca lana, adornada y sujeta con hermosas y purpúreas cintas (4). La Iglesia de Jerusalen guardó también este precioso recuerdo, venerando desde los tiempos

(1) La parte más solemne de las oraciones de los judíos es la que llaman *Shmonach*. *Eshre* ó sea las diez y ocho plegarias, según Pridcaux. (Id.)

(2) Esta oración que se llama *Kaddisch*, es la más antigua de todas las que han conservado los judíos, y como está en lengua caldea, créese que es una de las que trajeron los judíos á su regreso de Babilonia. (Basnage, tomo V. pág. 314.) Pridcaux supone que se usaba mucho tiempo antes de Jesucristo. Se la recitaba durante los oficios divinos y los concurrentes respondían muchas veces *Amen*. (Id. id.)

(3) Más expresiva en la descripción de la *mujer fuerte* que hace el libro de los Proverbios en su capítulo final. Su mano trabajó con energía y sus dedos manejaron el huso..... bordóse un traje y su vestido de lino y púrpura: hizo también un hermoso tapiz para venderlo y un cenidor que le compró un negociante.

(4) En la Edad media los tejedores se alistaban en sus gremios bajo la advocación del misterio de la Anunciación en memoria de los trabajos de su arte á que se dedicaba la Santísima Virgen. Los fabricantes de brocados de oro, tisú y seda, tomaban por patrona á Nuestra Señora de la Rueca y llevaban su imagen en un pendón magníficamente bordado. (Alejo Monteil, Vida de los franceses en sus diferentes estados; citado por Orsini.)

No era solamente en Francia donde había cofradías de Santa María de la Rueca: también era conocida esta advocación en España, y en Alcalá de Henares había un hospital de esta advocación.

más remotos entre sus más preciosos tesoros y reliquias, los ligeros husos que la tradición había conservado como manejados por la Virgen (1).

Llenábase, pues, el fondo del día en el recogimiento del templo con la oración y el trabajo manual, sin que cesase aquella durante este, puesta siempre la Santísima Niña en la presencia de Dios, llenando aquella piadosa divisa que adoptaban en la Edad media algunas piadosas sociedades de obreros:—*Ora labora* (Ora y trabaja).

A estas dos grandes ocupaciones del cuerpo y del alma, del espíritu y de la materia, de la vida interior y de la exterior, se unía otra importantísima que reúne ambas condiciones, cual es el cultivo del entendimiento por medio del estudio. Consistía éste principalmente en la lectura de la Santa Ley y su explicación, sirviendo las páginas de los sagrados libros de medio para aprender la lectura, para ejercitar la memoria reteniendo en ella los himnos y sagrados cánticos, y de reproducir algunos pasajes y aun libros enteros, deber piadoso que cumplían con esmero los israelitas y de que no se dispensaba el Rey mismo, multiplicando así las copias de la Biblia.

Este libro, ó mejor dicho colección de libros, contenía para ellos, no solamente el catecismo del dogma israelita y su doctrina, sino también su código legal y su jurisprudencia, la historia nacional de aquel pueblo, sus reglamentos de policía, y modelos de su literatura clásica y poesía especial, y todo su conjunto sin mezcla de ningún error, pues que era Dios quien lo había dictado para uso de su pueblo predilecto y escogido, en cuyo seno había de nacer y vivir y cuya nacionalidad había de participar. Que en la comprensión de las Sagradas Escrituras gozaria ciencia especial y favor grande de Dios y del Espíritu Santo, puede no solamente conjeturarse sino también afirmarse. Si de ciertos favores externos y visibles que narran piadosas leyendas cabe dudar, no así de los interiores é invisibles que no afectaban á su humildad profunda. San Agustín llega á decir que supo más teología y conoció los divinos misterios mejor que todos los Teólogos y que los Apóstoles mismos, puesto que *había de ser maestra de la Iglesia* (2).

Notable es una afirmación tan trascendental de tan gran Padre y afirmada con tal aplomo, no en tono encomiástico ni meramente laudatorio. Y la razón del Santo añade peso á tal aserción, puesto que la funda en que había de ser nada ménos que *maestra de la Iglesia Santa*, y no como quiera, sino en los mismos tiempos apostólicos y entre los Apóstoles. Y San Vicente Ferrer, insistiendo en la idea de San Agustín, avanza á decir que conocía la Sagrada Biblia aun mejor que los mismos Profetas que escribieron sus libros. Por ese motivo parece que su ciencia debió ser infusa más bien que enseñada por ministerio angélico, pues si varios Santos tuvieron ciencia infusa no parece probable que el Verbo Eterno dejase de hacer

(1) Todavía se conserva esta costumbre en algunos pueblos del Norte y de la parte occidental de Francia.

Los husos de la Virgen que se guardaban en Jerusalen fueron enviados á la emperatriz Santa Pulqueria, la cual los hizo colocar en la iglesia de los Guais en Constantinopla. (Orsini.)

(2) *Didicit Maria super omnes Theologos et Apostolos divina mysteria, uti futura Ecclesia magistra*. (San Agustín, cap. 9, *De templo*, citado por el Ilmo. Sr. Obispo de la Habana.) San Vicente Ferrer añadia: *Ipsa melius Bibliam Sacram sciebat quam Prophetas*. (Sermon de la Natividad de la Virgen, citado por el mismo señor obispo.)

ese favor á su Madre llena de gracia, á cuya santidad no alcanzó la de ningún Santo (1).

Algunos escritores orientales, de más piedad que criterio y cuyos nombres apenas figuran en las Patrologías, ni sus opiniones en la Patristica, han supuesto que la Virgen tenía, durante su estancia en el templo, trato familiar con los Santos Angeles, y que estos le traían frutas, dulces y alimentos, más celestiales que terrenos, hasta el punto de llamar esto la atención de San Zacarías y de los otros sacerdotes del Templo. Al llegar al misterio de la Anunciación veremos cuán poco conformes son tales leyendas con la idea que tenemos del carácter de la Santísima Virgen, y con la extrañeza que á esta causó la aparición de San Gabriel. El silencio que en este punto guardan los escritores y críticos más reputados, parece indicar que no admiten como probables tales favores; pero como otros los consignan como ciertos, es preferible tomar partido y manifestar lo que se tiene, no por más cierto, sino por más probable, y esto sin menosprecio de los que han aceptado como ciertos tales portentosos visibles y extraordinarios (2).

Que la Santísima Virgen tuvo méritos para obtener favores y distinciones superiores á las que se concedieron á todos los Santos, es indudable. Pero Dios dispensa sus gracias como quiere y conviene, y nosotros no podemos juzgar acerca de estas medidas y de la tasa de ellas. Á Santos muy eminentes y de primer orden no

(1) San Buenaventura añade que la Virgen aprendió por medio de los Angeles, y en especial por medio del Arcángel San Gabriel. Respetando, como es justo, la opinión de tan gran Doctor de la Iglesia, parece que es más probable la de aquellos teólogos que, suponiendo á la Virgen dotada de ciencia infusa inmediatamente por el Espíritu Santo y desde su niñez, no se muestran propensos á creer que la adquiriese mediatamente ó sea por ministerio angélico, opinión más seguida por los orientales que por los latinos, como veremos luego.

(2) En general son escritores orientales y no de los primeros siglos, ni de gran importancia, pues si bien constan sus nombres en las Bibliotecas de escritores eclesiásticos, están omitidos por lo común en las obras de Patrología. Aun está más bajo el monje Jacobo, que es el que dá más noticias acerca del trato familiar de la Virgen con el Arcángel San Gabriel. Pero éste escribió tales noticias tomándolas, según él mismo dice, de otros escritores más antiguos. Por desgracia, desde los primeros tiempos andaban ya libros apócrifos acerca de la vida de la Virgen, y tales libros, semejantes á las epidemias, siempre dejan víctimas. Nueve Evangelios falsos y apócrifos condenaba ya la Decretal del Papa San Hormisdas, y también los hechos ó *actos* de los Apóstoles San Andrés, Santo Tomás, San Pedro y San Felipe.

Al par de ellos vienen declarados apócrifos, y prohibidos otros dos libros, el uno titulado *La Infancia del Salvador* y el otro acerca de *La Natividad del Salvador y de la Virgen María*. Estos libros están llenos de extravagancias portentosas, según las escasas noticias que de ellos nos quedan, y á gusto de las imaginaciones orientales, propensas siempre á todo lo extravagante y maravilloso. La prohibición de estos libros por el Papa San Hormisdas á principios del siglo VI fué muy oportuna, pero llegó á tiempo en que ya aquellos libros habían sido leídos de buena fé por muchos varones piadosos. Así que importa poco que el monje Jacobo, demasiado crédulo, y á quien nadie ha contado entre los Santos Padres ni escritores de nota, se refiriese á escritores antiguos, si estos escritores se referían á los portentosos narrados en los Evangelios apócrifos y otros libros de este jaez.

Uno de ellos se intitulaba *El Tránsito*, y trataba de la Asunción de la Virgen María. Es muy notable lo que dice el Santo Pontífice acerca de dos libros que corrían sobre la invención de la Santa Cruz y que nos pueden servir de pauta con respecto á estas narraciones encamiadas de la Virgen, dejándolas á la discreción de cada uno sin afirmarlas ni negarlas, aunque parezcan poco aceptables, diciendo que «son novedades leídas por algunos católicos, pero que estos las lean con discreción.»

«Item scriptura de inventione Dominice Crucis, et alia scriptura de inventione capitulis beatis Joannis Baptistae novellae quidem relationes sunt, et nonnulli eas catholici legunt. Sed cum haec ad catholicorum manus advenierint beati Pauli Apostoli praecedant sententia: «Omnia probate, et quod bonum est, tenete.»

consta que les concediera favores sobrenaturales que aparecen otorgados á otros Santos oseuros y de menos nombradía. De que haya concedido á ciertas Santas algunos favores místicos y extraordinarios de gran bulto y admiración, no se infiere que tuviese precisión de concedérselos á la Santísima Virgen. ¿Sabemos nosotros acaso la calidad y cantidad de los que se le otorgaban, ni podemos apreciar si fueron mayores porque son ignorados? ¿Son acaso los mayores los que más admiran y los que meten más ruido?

Generalmente los escritores orientales propenden á considerar á la Virgen durante su estancia en el Templo, como una monjita metida en su celda, guardando las horas llamadas *canónicas* y teniendo su alacena para guardar su comida (1). Pero si en vez de considerar á la Virgen como una *monja*, durante su estancia en el Templo, la consideramos como una *colegiala* en una casa religiosa, de educación y ascetismo á la vez, la escena cambia por completo. La Virgen no arreglaría el método de su vida, sino que seguiría la regla y método de vida del colegio; la Virgen no entraría en el santuario, sino que oraría y dormiría donde oraban y dormían las otras *hulmas* ó *colegialas*. La Virgen no comería de extraordinario, sino que comería lo que comían todas, y á la hora que las otras, y de seguro mortificando su apetito y tomando lo estrictamente preciso, como quien toma medicina, según la práctica de todos los Santos. Pudo ser que al morir Santa Ana, la Virgen saliese milagrosamente del Templo para asistir á su Santa Madre, sin ser notada y quedando entre tanto un Ángel en el Templo haciendo sus veces y llevando su figura; pero si se tiene en cuenta que las *hulmas* no tenían rígida clausura, como se ve por el capítulo tercero del libro de los Macabeos, se echa de ver que no había necesidad de aquel milagro, y Dios no los prodiga sin necesidad, á nuestro modo de ver. Pudo ser también que Dios permitiera que la Santísima Virgen fuera acusada por sus compañeras de inquieta, alborotadora y bulliciosa, á fin de que ejercitara su gran humildad, paciencia y mansedumbre, pidiendo perdón á sus compañeras y á los sacerdotes por culpas que no había cometido. Mas ¿cómo avenir esto con su vida dentro del *Sanctu Sanctorum*, y con los otros favores extraordinarios y portentosos admirados por los sacerdotes mismos?

Por mi parte, respetando mucho á los Padres y demás santos varones, que han descrito de otro modo la adolescencia de la Virgen, me la represento de distinta manera, buscando siempre la *vida escondida*, el no figurar con privilegios ni cosas extraordinarias, aceptando si los favores que Dios le dispensara, pues no había de ser ingrata, mostrándose siempre sencilla, amable, contenta, recogida, modesta, silenciosa sin afectación, mortificada sin apariencia de serlo, risueña y alegre sin precocidad ni petulancia, en oración continua y continua presencia de Dios, sin que esto apenas se conociera, y sin faltar á las cosas de la tierra por tener la mente de continuo en el cielo, tanto más conocida y conoedora de Dios, cuanto menos conocida de los hombres, guardando su aroma en vaso tapado para que su fragancia exquisita fuera solamente para Dios. Así comprendo por mi parte á la Virgen María,

(1) San Jerónimo dice que la Virgen oraba desde tercia á sexta, y que luego trabajaba hasta que los Angeles le traían de comer. Aquel gran Santo Padre era excelente crítico, y no siempre se pagaba de las cosas de los orientales entre quienes vivía. Por ese motivo, aunque no se adopte su opinión, en cosa que la Iglesia deja libre de creer ó no, debe ser con todo muy respetada, como también la del gran Doctor San Buenaventura.

así la comprenden generalmente los Padres occidentales, los místicos más acreditados, los escritores modernos al tratar el delicado punto de la *oscuridad de la Santísima Virgen*, con el primor que lo hacen algunos de ellos; y tal cual la describe el gran Padre San Ambrosio en su precioso y encantador libro de la *Virginitad de María*, «*La misma figura de su cuerpo era imagen de su mente y figura de candor y pureza.....* Era tanta su gracia que no solamente guardaba su virginidad, sino que inspiraba integridad y pureza á quien la visitaba..... Nada de procaz en sus ojos, nada de petulante en su hablar y en su continente (1). Era, en fin, su exterior imagen viva de su interior y pureza.»

## XV.

## ORFANDAD DE MARÍA: SU CASAMIENTO CON SAN JOSÉ.

*Una Virgen desposada con un varón llamado Josef (2).*

No lejos de la puerta llamada de Efraim, la tradición piadosa de los primeros cristianos designaba con el nombre de *casa de Santa Ana*, una vivienda de modesta apariencia en una calle tortuosa y retirada. Edificóse allí más adelante un templo junto al cual se estableció un monasterio de humildes religiosas: los musulmanes lo han convertido en mezquita (3). Esto hace creer que Santa Ana pasó los últimos años de su vida en Jersalen, después de la muerte de su santo esposo Joaquín. Todavía suponen algunos escritores que el santo anciano, lleno de años y virtudes, y debilitado en su salud, dejó sus haciendas á cargo de sus parientes en Nazareth y Séforis, donde vivía, según la opinión más probable, sin olvidar á los pobres con quienes repartía sus rentas (4): dejando la montaña y su duro clima, vivieron los santos ancianos á Jersalen con objeto de estar cerca de su bella hija ya adolescente y gozar de más suave temperatura. Si la venida de San Joaquín á Jersalen aparece dudosa, la de Santa Ana, por el contrario, puede tenerse como

(1) *Tanta erat ejus gratia ut non solum in se virginitatem servaret, sed etiam si quis inquireret integritatis insigne conferret.....*

*Nihil torvum in oculis, nihil in verbis procaz, non gestus fractior, non vox petulantior, ut ipsa corporis species simulachrum fuerit mentis, figura puritatis.* (San Ambrosio, lib. II de *Virginitibus*).

(2) Palabras del Evangelio de San Lucas al hablar de la Anunciación *Ad virginem desponsatam viro cui nomen erat Joseph.*

(3) La comunidad existió en tiempo de los Reyes cristianos después de las Cruzadas. (Itinerario de París á Jersalen: tomo II, pág. 211, según la cita de Orsini).

(4) El P. Rivadeneira y otros escritores afirman este hecho acerca de la caridad de San Joaquín con los pobres, y bien pudiera conjeturarse aunque no lo dijeran. Esta ha sido cualidad de todos los Santos.

casi del todo cierta, afirmada por muchos y respetables testimonios. Perdido su esposo, ¿qué le quedaba en la tierra sino su Hija? La clausura de las *almas* ó doncellas en el Templo no era monástica ni rígida: los judíos, que apenas tenían idea del celibato ni de la virginidad, no daban á esta la importancia de que la revistió y reviste el cristianismo, ni la acompañaban de las precauciones y austero recato de que la rodean las costumbres severas de los buenos católicos. Podía ver á su hija en el Templo en ocasiones determinadas, cuidar de su aliño y renovar sus ropas, si bien las manos nunca ociosas de la tierna doncella hicieron que esto fuese más bien que de necesidad un acto de maternal cariño. Así en otro tiempo su homónima, la mujer de Elcana, al visitar en Siló á su *oblato* Samuel (1), solía llevarle una túnica de lino hilada y tejida por su propia mano. Del retiro de la Virgen Santa en el templo y de las visitas de su piadosa Madre, debemos formar idea por las costumbres de los colegios católicos para la educación de las niñas, en que éstas son visitadas alguna vez por sus familias, y aun pueden salir á la mansion paterna en momentos críticos, ó de regocijos domésticos, ó de pesares grandes y desgracias de familia. Estas sobrevinieron á la tierna jóven, cuya pureza siempre immaculada, si la preservó de todo pecado, no la eximió de los dolores consiguientes á la maldición que atrajo éste sobre el linaje humano.

Llegó un día en que Ana sintió que Dios la llamaba para sí y á descansar en el seno de Abraham al lado de su esposo, hasta el momento en que un nieto suyo abriese las puertas del mejor paraíso. Según la costumbre israelita, la candorosa doncella asistió al tránsito de su Santa Madre con dolor profundo, pero mitigado por la suavidad de ese bálsamo sobrenatural que derrama la santa resignación sobre las úlceras del corazón humano, con la idea de otra mejor vida, con la piadosa conformidad con la voluntad divina.

Quizá en los umbrales de la muerte, en aquel momento supremo en que parece que los resplandores de la eternidad principian á iluminar las tinieblas de la vida humana que por momentos se apaga, vieron los piadosos ancianos la próxima y excelsa gloria reservada á su hija, y mirando á tan grato y lisonjero porvenir, no sintieron las angustias que padece el alma al ser despojada de su mortal vestidura. Sintió María el peso de la desgracia y cerró los ojos á su Santa Madre, según la piadosa costumbre de los Israelitas (2).

(1) Con el nombre de *oblato*s eran conocidos los niños que llevaban sus padres á los monasterios benedictinos, ofreciéndolos á Dios por medio de un voto, como el que hizo Ana para obtener á Samuel. Los monjes tomaban estos niños *oblato*s y llevándolos al altar los dedicaban al culto divino, con una ceremonia sencilla que consistía en envolver su mano en el mantel del altar.

El cánón 1º del Concilio 2º de Toledo habla también de estos *oblato*s. «*De his quos voluntas parentum á primis infantiae annis clericatus officio mancipavit.....*»

La dedicación de Samuel, según se describe en el libro primero de los Reyes ó de Samuel, es muy tierna y curiosa. Llevó su madre al templo, en Siló, tres terneros, tres modios ó celemines de harina y un cántaro de vino. *Puer autem erat infansulus, et immolaverunt vitulum et obtulerunt purum Heli..... Samuel autem ministrabat ante faciem Domini, puer, accintus ephod lineo. Et tunicam parvam faciebat ei mater sua, quam afferebat statutis diebus, ascendens cum viro ut immolaret hostiam solemnem.*

(2) Es muy notable la tierna cuanto sencilla relación que de la muerte de su buen padre hace Santa Teresa de Jesús; y quién no recuerda la vida de Santa Teresa al trazar la de la Virgen su modelo! «*En este tiempo dió á mi padre la enfermedad de que murió. Fuíle yo á curar, la cual le asistí siendo ya monja, pero sin estrecha clausura. Pasé harto trabajo en su enfermedad: creo le serví algo de lo que él había pasado en las mias. Con estar yo harto mala me*

Es muy probable que María acompañase el funeral de su Santa Madre. Segun la piadosa costumbre de su país, los parientes acompañaban el cadáver marchando en pos del féretro, al cual precedían músicos y planideras alquiladas, cuyos gritos mercenarios contrastaban y casi ennobrecían los de verdadero y profundo dolor de los hijos y maridos.

Cumplidos estos piadosos deberes, María se halló huérfana, si es que quien tiene á Dios como verdadero padre puede nunca apellidarse *huérfano*, y siquiera la piadosa doncella sintiera el dolor natural y la pérdida en lo humano, debió dar poco á la naturaleza, enteramente domeñada á fuer de pura, y viviendo en Dios más que en el mundo.

Entónces fué cuando hizo el santo propósito de tener á Dios por padre y obedecerle en todo sin voluntad propia (1). Antes de este tiempo, no podía prescindir de la obediencia debida á los padres, pues el cuarto mandamiento es de derecho divino y el mismo Dios, por tanto, le mandaba honrar á su padre y á su madre. De esta consagración á Dios hablan algunos piadosos y aun Santos escritores, y aunque varios de ellos presentan su voto de castidad como hecho á la edad de tres años al entrar en el templo, es mas probable que fuese en la adolescencia y á la muerte de sus padres.

Acompañó á este voto de perfección y de entera sumision á Dios, otro voto singular, importantísimo, trascendental é indudable, cual fué el voto de perpetua continencia y la dedicación de su virginidad á Dios, voto singular por ser el primero en este género que se hizo, importantísimo y trascendental, porque habiendo de ser María el modelo de las mujeres cristianas en su triple estado de doncella, casada y viuda, Ella fué la que dió el ejemplo de virginidad perpetua ofrecida á Dios con solemne voto, que luego imitaron millares y millares de doncellas cristianas, marchando por sus huellas, cual la vió David en el salmo epitalámico donde describe las solemnes bodas del Rey de los siglos, inmortal é invisible (2). Despues de describir al régio esposo, más bello que todos los hombres de la tierra (3), con la sonrisa en sus lábios, con la espada ceñida y empuñando el cetro, vara de dirección y gobierno, introduce á la virginal esposa seguida de otras vírgenes y castas doncellas.—«Oye, hija mia, y mira todo esto, olvídate ya de tu pueblo y de la casa de tu padre, porque el Rey se va á prender mucho de tu hermosura, y él es tu

esforzaba, y con que en faltarme él me faltaba todo bien y regalo, porque en un sér me lo hacia, tuve tan gran ánimo para no le mostrar pena y estar hasta que murió como si ninguna cosa sintiera, pareciéndome se arrancaba mi alma, cuando veía acabar su vida, porque le queria mucho. Fué cosa para alabar á Dios la muerte que murió, y la gana que tenia de morir, los consejos que nos daba despues de haber recibido la Extrema Uncion.....» (Capítulo sétimo del libro de su vida).

(1) Tiernísimo es tambien el pasaje en que Santa Teresa describe cómo tomó por Madre á la Virgen Santísima, cuando murió la suya. «Acuérdome que, cuando murió mi madre, quedé yo de edad de doce años poco ménos: como yo comencé á entender lo que habia perdido, afligida, fume á una imagen de Nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre con muchas lágrimas. Páreceme que, aunque se hizo con simpleza, que me ha valido, porque coincidentemente he hallado á esta Virgen Soberana en cuanto me he encomendado á ella, y en fin me ha tornado á sí.» (Libro de su vida, al fin del cap. primero).

(2) *Regi saeculorum immortalis et invisibili, soli Deo.....*

(3) *Speciosus formae prae filiis hominum, diffusa est gratia in labiis.....accingere gladio tuo super femur tuum potentissime.....virga directiois, virga regni tui* (Salmo 44, *Eruclavi cor meum*).

mismo Dios á quien adorarán los pueblos..... En pos de ella vendrán numerosas vírgenes y sus allegadas te serán traídas, y traídas con regocijo y alegría para llevarlas al templo santo del Rey.» David en este salmo canta el místico desposorio de Cristo con su Iglesia bajo la figura del matrimonio de su hijo Salomon con la hija de Faraon (1), pero los oradores sagrados muchas veces lo han solido adoptar en sentido análogo al místico desposorio de María con el Espíritu Santo al ofrecer á Dios su virginidad, pues la hermosa frase *adducentur Regi virgines post eam*, se viene á las mientes al considerar la numerosa cuanto bella turba de sagradas doncellas, que á imitación de la Santísima Virgen, han venido consagrando á Dios su virginal pureza, ofreciéndole una vida de mortificación y privaciones para conservarla incólume. «Con razon, dice el beato Alberto Magno, se llama á María Virgen de las Vírgenes, porque siendo ella la primera que sin consejo ni ejemplar previo ofreció á Dios su virginidad, ha servido despues de modelo á todas las vírgenes que le han imitado (2).» San Ambrosio añade, con una frase muy expresiva, que María fué la que enarbó el estandarte de la virginidad (*quae signum virginitatis extulit*), y San Bernardo dirigiéndose á ella en místico y altísimo coloquio le pregunta:—¿Quién os enseñó, Santísima Virgen, á complacer á Dios con la virginidad y á vivir en la tierra con la vida de los Angeles (3)?

Hay dudas acerca de la época en que María Santísima hizo su voto de virginidad perpetua, y aunque lo mas comun es creer que lo hizo ántes de su matrimonio, no faltan autores respetables que lo suponen hecho con posterioridad á los desposorios y de consumo entre ambos esposos (4). Es posible que este voto por parte de la Sagrada Virgen no fuera sino la ratificación mas solemne del primero, y esto concilia las aparentes divergencias. Ello es que á poco de haber quedado huérfana trataron los sacerdotes de casarla con uno de sus parientes y de su propia tribu.—«Sea, dice Orsini en su poético estilo, que Joaquín en su lecho de muerte hubiese puesto á la Virgen bajo la protección especial del sacerdocio, ó sea que los magistrados que cuidaban de amparar á los huérfanos le hubiesen nombrado tutores de entre la poderosa familia de Aaron, á la que ella pertenecía por parte de madre, ó bien sea que la tutela de los niños dedicados al servicio del templo correspondiese de derecho á los levitas, parece cierto que despues de la muerte de los piadosos autores de sus días, María tuvo tutores de linaje sacerdotal. Si nos fuese permitido aventurar una conjetura, diríamos ser verosímil que los cuidados de esa tutela fueron confiados especialmente al piadoso marido de Santa Isabel, cuya alta reputación de virtud y su título de cercano pariente parecían indicarle para este cargo protector.

(1) Así lo dice el epígrafe de este mismo Salmo 44: *Epithalamium Christi et Ecclesiae sub typo connubi Salomonis et filiae Pharaonis.*

(2) *Virgo Virginum, quae sine consilio, sine exemplo munus virginitatis Deo obtulit, et per sui imitationem omnes virgines germinavit.* (Mar. p. 9. citado por San Alfonso Ligorio en las Glorias de María, párrafo sexto de las Virtudes).

(3) *O Virgo, quis te docuit Deo placere virginitate et in terris angelicam ducere vitam?* (Homilia cuarta sobre las palabras del Evangelio *Missus est*).

El mismo San Alfonso Ligorio, que cita muy oportunamente estos pasajes, añade otros dos muy notables, uno de San Jerónimo sobre la virginidad de San José y otro de Santo Tomás sobre la pureza comunicativa ó, por decirlo así, expansiva de la Virgen María. El primero dice, refutando á Elvidio: «*Tu dicis Mariam Virginem non permansisse: ego mihi plus videro etiam ipsum Joseph virginem fuisse per Mariam.*» La frase del castísimo Santo Tomás, es muy gráfica: *Pulchritudo Beatæ Virginis intuentes ad castitatem excitabat.*

(4) Entre estos cuenta Orsini á Santo Tomás.

Del parentesco de la Virgen con Santa Isabel han querido deducir algunos escritores enemigos del cristianismo (1), que aquella era de la tribu de Levi y no descendiente de David, y por tanto tampoco lo era Jesucristo segun la carne; pero los cristianos combaten este error, fundados en las palabras de San Mateo, que afirma la descendencia de Jesucristo de la raíz de Jesé y David segun la carne (2). Pero esto no ofrece dificultad, pues no es cierto que todas las jóvenes tuvieran obligacion de casarse con persona de su familia y tribu, sino solamente las huérfanas herederas de los bienes paternos. Tenia, por tanto, obligacion la Virgen María de casarse con persona de la tribu de Judá y de la familia de David, de la cual descendia por parte de San Joaquin, pero no teniendo éste obligacion de casarse con mujer de su familia, se habia desposado con Santa Ana, que era de familia levítica y sacerdotal.

Créese que tenia entonces la Santísima Virgen quince años cuando los sacerdotes acordaron su casamiento, y con persona de su propia familia y tribu de Judá, puesto que era huérfana y heredera de los bienes paternos. Tal resolucion contrariaba abiertamente á su voto de virginidad, voto que no podian reconocer los sacerdotes, ni eludir ella. Su deseo de permanecer virgen no podia ser apoyado por los tutores, ni ménos por los sacerdotes, para quienes la esterilidad era un oprobio y la maternidad señal de bendición divina. *Fruto de bendicion* se llama á la descendencia, y el Israelita la considera así lo mismo ahora que en los tiempos de la predicacion del Evangelio, teniéndose por tanto más feliz cuantos más hijos le envia Dios (3). Funda su felicidad en su laboriosidad y el trabajo, no sobre el orgullo y la políctomía, polilla de las generaciones modernas. Ved el cuadro de la felicidad doméstica en medio de las familias honradas y laboriosas, segun la descripción poética que de ella hace David, que, si llegó á ser Rey, principió por ser pastor:

- «1. Bienaventurados los que temen al Señor y marchan por sus caminos.
- «2. Feliz serás porque comes del trabajo de tus manos; así te irá bien.
- «3. Tu esposa será como vid frondosa y fructífera apoyada en las paredes de tu casa.
- «Y tus hijos creciendo como los empeltres de los olivos, vendrán á sentarse al rededor de tu mesa.
- «4. Así, así será bendecido el hombre que teme á Dios con santo temor filial.
- «5. Que Dios te bendiga á ti desde Sion, y veas los bienes de Jerusalem (4) durante todos los días de tu vida.
- «6. Y que veas así tambien prosperar y aumentarse los hijos de tus hijos con paz en Israel.»

(1) Celso, Porfirio, Fausto y en general los judíos y todos los ímpios y racionalistas.

(2) *Libro generationis Jesu Christi filii David, filii Abraham*: así principia el Evangelio de San Mateo. *Jesse autem genuit David Regem: David autem Rex genuit Salomonem*, etc., cap. 1º vers. 1º, 5º y 6º.

(3) Los judíos modernos, lo mismo que los antiguos, consideran como fortuna la numerosa prole y no se arredran por ella, como sucede hoy dia á muchos malos cristianos. Como gente laboriosa calcula que, cuantos más hijos haya, más son para trabajar y para ganar el pan.

(4) Salmo 127: *Beati omnes qui timent Dominum..... Filii tui sicut novellae olivarum in circuitu mensae tuae. Ecce sic benedicetur homo qui timet Dominum.*

La frase *videns bona Jerusalem*, no se refiere á la Jerusalem terrestre, sino al alma del justo en sentido moral, segun queda dicho.

Este precioso idilio representa el bello ideal de los verdaderos Israelitas, consistente en la paz doméstica, la propagacion de la familia y la abundancia de los campos, á imitacion de la vida de los antiguos Patriarcas. La esterilidad de la mujer es en su concepto una maldición de Dios, como lo es la esterilidad de los campos. Así que los mismos sacerdotes y Levitas y el Sumo Sacerdote se casaban para satisfacer la necesidad de perpetuar el sacerdocio en su raza. ¿Cómo, pues, habian de consentir ellos que María se *condenase* (en concepto de ellos) á la esterilidad, consecuencia precisa de la virginidad?

«Un autor antiguo citado por San Gregorio Niseno, refiere (1) que la Virgen se resistió por mucho tiempo, aunque con gran modestia, al enlace que se le intimaba y que suplicó humildemente á su familia el que consintiera que continuase en el Templo una vida inocente, oculta y libre de todos lazos, excepto los del Señor. Su petición sorprendió en gran manera á todos los que disponian de su suerte. Lo que ella imploraba como una gracia era la esterilidad, el oprobio, estado maldecido por la ley de Moisés; era el celibato, es decir, la extincion total del nombre de su padre, idea casi impía entre los judíos, que miraban como una insigne desgracia que su nombre no se perpetuase en Israel.»

Otros escritores suponen, por el contrario, que fiada en la voluntad divina, no opuso resistencia alguna, anteponiendo la obediencia al sacrificio. La venerable Madre de Agreda supone que tuvo revelacion especial de Dios, mandándole aquietarse y obedecer, y generalmente es la que prefieren los escritores modernos (2), bien fuese por interior impulso de gracia eficaz, ó bien por habla sensible. «Había celebrado el Altísimo con la Divina Princesa María aquel solemne desposorio (3), cuando fué llevada al Templo confirmándole con la aprobacion del voto de castidad que hizo y con la gloria y presencia de todos los espíritus angélicos.... Hallándola en esta confianza el mandato del Señor que recibiese otro esposo terreno y varon sin manifestarle otra cosa, ¡qué novedad y admiracion haria en el pecho inocentísimo de esta divina Doncella, que vivía segura de tener por esposo á solo el mismo Dios que se lo mandaba! Mayor fué esta prueba que la de Abraham, pues no amaba tanto él á Isaac cuanto María Santísima amaba la inviolable castidad.»

(1) Orsini, libro sétimo; no dice qué autor es ni las palabras de San Gregorio, pues en su estilo, más erudito y poético que crítico y sólido, suele citar á la ligera. Augusto Nicolás, que trata extensamente la compatibilidad del voto con el estado del matrimonio, nada dice de la actitud de la Virgen.

El señor Obispo de la Habana echa por otro camino, suponiendo que los sacerdotes, á pesar del voto, le mandaron casarse diciéndole, en una larga arenga que contiene ideas diametralmente opuestas á las del abate Orsini, las siguientes frases entre otras: «Este esposo será el custodio de tu virginidad, si así lo quiere el Cielo, el testigo integérrimo de tu omnimoda castidad, y tú serás el portento del mundo, el milagro de Israel y la maravilla no vista desde que hay mujeres en la tierra.»

Esta arenga no pasa de ser, como las de Tácito y Mariana, un recurso oratorio, que no se puede tomar como cosa histórica. Tiene cierto carácter profético poco conforme con las palabras de la Virgen al tiempo de responder al Arcángel San Gabriel. La explicacion de la venerable Madre de Agreda parece la más aceptable entre todas estas versiones.

(2) D. José María Quadrado en su precioso libro de las Flores de Mayo, que es de lo mejor que se ha escrito en este género, describe así la sumision de la Virgen en muy bellas frases.

(3) Capítulo 21 del libro segundo de la primera parte que lleva por epigrafe: «Manda el Altísimo á María Santísima que tome estado de matrimonio y la respuesta de este mandato.»

Pero á tan impensado mandato suspendió la prudentísima Virgen su juicio, y solo le tuvo en esperar y creer, mejor que Abraham, en la esperanza contra la esperanza..... Turbóse algun poco la castísima doncella María, segun la parte inferior, como sucedió despues con la embajada del Arcángel San Gabriel; pero, aunque sintió alguna tristeza, no le impidió la más heroica obediencia que hasta entonces habia tenido, con que se resignó toda en las manos del Señor.

Una tradición, ya narrada por San Jerónimo, supone que para la eleccion de esposo se acudió al medio usado para la eleccion de Aaron, que se refiere en el libro de los Números (1), y que al efecto, los parientes y aspirantes á la mano de la Virgen depositaron sus varas ante el Tabernáculo en el Templo: jóvenes ricos y de noble estirpe descaban su enlace, y con todo, la vara que floreció fué la de un oscuro menestral, tambien descendiente de David, aunque reducido á ganar su vida con el trabajo de sus manos en el modesto cuanto honrado oficio de carpintero (2). La Iglesia, al celebrar la festividad de los Desposorios de San José, calla sobre este tan grande milagro, pero no pone reparo en que la efigie del Santo aparezca en los altares ostentando la vara de florido almendro. Así que ni aprueba ni desapueba esa tradicion; si la aprobara la consignaria probablemente en el rezo: si la desaprobaba no la consentiria en sus altares.

En la festividad de los Desposorios de la Santísima Virgen que celebran algunas iglesias el día 23 de Enero (3), solamente expresa en sus lecciones lo que dice San Bernardo en su segunda homilia sobre las palabras *Missus est*, explicando los altísimos motivos que Dios tuvo para hacer que se casara su Madre Santísima siendo virgen y habiendo de serlo. «Convenia, dice, que el secreto de esta disposicion divina quedase oculto por algun tiempo al príncipe del mundo (Satanás), no porque á Dios le importase nada el que lo supiera, puesto que no podia impedirlo si Él hubiese querido hacerlo á las claras, sino porque Dios que hizo todas las cosas, no solamente con altísimo poderio, sino tambien con gran maestría, quiso tambien ostentar en esta su obra tan magnífica de nuestra reparacion, no solamente su poderio, sino tambien su altísima sabiduría, al modo que acostumbra conservar en todas sus obras ciertas congruencias de cosas y tiempos en razon de la belleza del buen orden.

«Era, pues, conveniente que dispusiera suavemente todas estas cosas, no solo en lo celestial sino tambien en lo terrenal, para que al lanzar de allí al revolver de jase á los demás en paz, y al combatir aquí al envidioso nos diese á nosotros un ejemplo de su humildad y mansedumbre, por cierto bien necesario.....

(1) *Fueruntque virgæ duodecim absque virgæ Aaron, quas cum possidet Moyses coram Domino in tabernaculo testimonii, sequenti die regressus invenit germinasse virgam Aaron in domo Levi et turgentibus gemmis eruperant flores, qui foliis dilatatis, in amygdalas dilatati sunt.* (Numerorum, cap. VI, vers. 6, 7 y 8).

(2) La tradicion Carmelitana añade que un joven, llamado Agabo, rompió su vara con despecho y se hizo solitario del Carmelo. El célebre cuadro de Rafael que representa el *Desposorio de la Virgen*, y se conserva en el Museo Breta en Milan, figura asimismo esta tradicion; pero aquel cuadro está plagado de anacronismos en cuanto á la indumentaria, arquitectura y costumbres israelíticas. En el fresco de Luini en el mismo Museo, son dos jóvenes muy elegantes los que están en actitud de romper sus varas con despecho.

(3) Aunque esta festividad no es de todas las Iglesias, son muchas las que la celebran con el título de los *Desposorios de San José*.

Una de las antífonas, la primera, dice las siguientes frases:

V. «*Desponsatio est hodie Sanctæ Mariæ Virginis.*»

R. «*Cujus vita inclita cunctas illustrat Ecclesias.*»

«Por eso fué preciso que María se desposara con Josef, puesto que de ese modo quedó el misterio santo oculto á los canes infernales y comprobada su virginidad por su esposo, y se miró tanto por el pudor de la Virgen cuanto por su decoro y buena fama. ¡Qué cosa más sabia! ¡Qué cosa más digna de la Providencia Divina!»

Hasta aquí las palabras de San Bernardo, que la Iglesia Santa acepta y hace como suyas, y para los católicos son más seguras que cuanto digan otros.

La boda de José y María debió ser acompañada de las solemnidades de costumbre (1). No era la Santísima Virgen amiga de singularizarse, ni por exceso ni por defecto. Más adelante la veremos asistir con Jesús á unas bodas, y tomar parte en los preparativos del convite, interesándose por que los novios no quedaran deslucidos y mostrando por ellos una solicitud tierna y cariñosa.

Terminados los modestos regocijos y necesarios cumplidos, salió María de Jerusalen hácia Nazareth, para vivir allí con el recato, oscuridad y modestia con que habia vivido en el Templo. Jóvenes ambos y ambos amantes de la virginidad, que á Dios habian ofrecido, sentian su corazon henchido de casto amor, amándose á la vez mutuamente en Dios, sin mezela alguna de pasion impura. La sensualidad mundana no comprende amor tan sublime, pero los ángeles aman así, y en la tierra no faltan almas puras que aman como los ángeles.

Créese que la Virgen María tuviera catorce años cuando se casó (2).

Por lo que hace á su esposo, créese que tuviera alguna edad más, pero que tambien fuese joven todavia y en edad lozana. Su matrimonio habia de ser el modelo de las familias y de los matrimonios cristianos, y no es probable, por tanto, ni que San José fuese viejo, dando idea de casarse viejos con jóvenes, ni mucho ménos que fuese viudo, cuando la Iglesia consiente las segundas nupcias, pero está muy lejos de aplaudirlas (3). Siquiera algunos Padres, casi todos orientales, y que bebieron en las turbias corrientes de los evangelios apócrifos, antes de que las patrañas de éstos fueran descubiertas y ellos prohibidos por la Santa Sede (4), llegaron á decir hasta el nombre de la primera mujer, hoy día por respetables que sean, salvando tambien el respeto á su nombre y á su piadosa credulidad, no puede, ni debe ser seguida, y casi ofende los oídos católicos, pues de muchos siglos á esta parte, toda la Iglesia católica tiene por virgen á San José (5).

(1) Orsini las describe prolijamente, segun su costumbre, y al tenor de lo que solian hacer los hebreos. La descripcion me parece algo caprichosa: de qué éstos hicieran á veces ciertos gastos no se infiere que los hiciesen todos.

(2) Si nació en el año 734 de Roma segun la opinion de Tillemont, que es la más seguida, el casamiento debió hacerse el año 748 de la fundacion de aquella ciudad.

(3) Los editores de la *Vida de la Virgen* por Orsini, (edicion de Barcelona de 1867, por la Librería Religiosa, pág. 215) se sublevan contra la idea de que San José fuese viejo y hacen bien. San Epifanio, que bebió algunas veces, como otros varios escritores orientales, en las malas fuentes de los evangelios apócrifos, llega á dar á San José ochenta años. Pero ¿cómo habian de consentir los Sacerdotes un matrimonio tan disparatado, cuando la Ley vituperaba tales enlaces? El P. Perrone (citado por Orsini) le da cincuenta años. ¿De dónde consta? Aun esa edad sería de gran desigualdad para un matrimonio modelo de los futuros matrimonios.

(4) A fines del siglo IV el Papa San Siricio condenó como apócrifos un gran número de evangelios y biografías del Salvador y su Santa Madre, que circulaban entre los cristianos, y que procedian en su mayor parte del Oriente, cuna fecunda de exageraciones y de fantásticas maravillas.

(5) San Pedro Damiano decia ya en su tiempo que toda la Iglesia creía que San José habia sido virgen.

San Jerónimo decia contra Helvidio: *Aliam uxorem eum habuisse non scribitur.* San Agustín